

The background of the cover is a vibrant gold color, overlaid with a complex, white, stylized pattern of overlapping leaf or branch shapes. The pattern is reminiscent of a traditional textile or paper-cut design. The text is centered within a white rectangular area that is slightly offset from the edges of the cover.

JUAN CARLOS CHIRINOS

Venezuela

La Huerta Grande
Ensayo

Juan Carlos Chirinos

VENEZUELA
BIOGRAFÍA DE UN SUICIDIO



© De los textos: Juan Carlos Chirinos
© De la presentación: Nelson Rivera
© De la fotografía (capítulo 2): Marianella Castro

Madrid, septiembre 2017

EDITA: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición
ISBN13: 978-84-171180-4-4
D. L.: M-18243-217

Diseño cubierta: Enrique García Puche para TresBien Comunicación
Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

1

CAUDILLOS, PRESIDENTES Y RESPONSABILIDAD

Por ahora.

Cuando el 4 de febrero de 1992, con la denominada «Operación Zamora», Hugo Chávez (1954-2013) y los demás miembros del Movimiento Bolivariano 200 (MBR-200) intentaron derrocar al presidente de entonces, el socialdemócrata Carlos Andrés Pérez, que iniciaba el tramo final de su segundo mandato, Venezuela se asomó a un camino que en ese momento creía superado: la conquista del poder por medio de la violencia. Un camino que nos ha retrotraído a un estadio en el que los clanes más primarios son la norma.

La asonada golpista, pésimamente ejecutada a pesar de lo silenciosa y largamente planificada que fue, fracasó en menos de veinticuatro horas; no obstante, golpeó irremediamente en la línea de flotación de una democracia treintañera que empezaba a madurar pero que sin duda padecía de graves defectos que la

habían podrido por dentro; los principales, la corrupción política, el pobre nivel educativo general y el desinterés de la población por su desarrollo. No hay que perder de vista, aunque pequemos de un exceso de determinismo geográfico, la influencia de una «naturaleza sobreprotectora», como la llama Marcel Granier en *La generación de relevo vs. el Estado omnipotente* (1985); esta naturaleza «nos ha dotado a la vez de un clima benigno y de riquezas naturales que no exigen otro sacrificio que el de la extracción», lo cual ha estimulado en nosotros lo que él llama el complejo del maná, «es decir, la certidumbre de que nos basta extender la mano para que el pan llueva sobre ella», fomentando de esta manera la irresponsabilidad, la pereza y la certeza de que algún milagro siempre nos rescatará de la miseria, obliterando el esfuerzo. Ese complejo del maná tal vez nos paralice, «derrotados antes de la derrota», resignados a la corrupción porque, al final, como en las películas mediocres, todo final es feliz.

Así, pues, esa madrugada en la que los venezolanos nos despertamos alterados por el bárbaro ruido de los sables, todavía a la democracia venezolana, que en 1959 había inaugurado Rómulo Betancourt (1908-1981) como primer presidente, le quedaban los arrestos suficientes para defenderse y sobrevivir. El presidente Pérez, sorprendido y amenazado, realizó la única jugada que a los golpistas jamás se les hubiera ocurrido. Invadido por los rebeldes el Fuerte Tiuna, máximo cantón militar de la capital; asediado el Palacio de Miraflores, sede del Gobierno; y controladas casi todas las guarniciones militares de las principales

ciudades del país, el presidente se fue a un búnker inexpugnable desde el cual daría la contundente respuesta que acabaría con el golpe.

Carlos Andrés Pérez, presidente constitucional de Venezuela, fue más astuto que sus enemigos y se refugió en la sede de un canal de televisión.

Y cuando en la alta noche apareció en Venevisión, los ciudadanos —también los militares leales a la Constitución— supieron que el levantamiento tenía las horas contadas. Venevisión es propiedad del Grupo Cisneros, *holding* que apoyó la primera campaña presidencial de Chávez para luego hacer una feroz oposición, hasta que tras el golpe de Estado del 11 de abril 2002 la relación desembocó en una amistosa «tregua», en realidad una interesada relación de amor-odio. No debe pasarse por alto que, quizá debido a las estrechas relaciones de Pérez con España, evocara el gesto famoso de Juan Carlos de Borbón al desbaratar por televisión el intento de golpe en febrero de 1981, y que tan buenos réditos le había proporcionado al joven monarca. Tal vez los rebeldes estuvieron a punto de ganar la batalla armada; pero sin duda el presidente ganó la guerra mediática porque, en ese momento, el que saliera en la pantalla chica primero, vencía. Mientras el líder de la asonada daba órdenes tácticas desde el Museo Histórico Militar de La Planicie y mandaba un tanque del ejército a derrumbar las puertas del palacio de Gobierno, el presidente andino se asomó desde Venevisión al mago de la cara de vidrio de los hogares venezolanos expresando que la suya seguía siendo la firme mano que gobernaba el país:

—Oficiales y soldados, les habla su Comandante en Jefe, ¡su obediencia es para conmigo!

Y esto fue suficiente. Si lo decía la televisión, entonces era verdad (Homer Simpson *dixit*).

El golpe de Estado fue derrotado; el orden constitucional estaba a salvo, aunque la legitimidad de la democracia quedaba gravemente herida, y los días subsiguientes demostrarían que las fracturas larvadas durante las tres décadas anteriores evidenciaban un sistema enfermo, aunque pareciera sano, y que debía con urgencia atender los oscuros abismos a los que se enfrentaba y por donde podía desaparecer sin avisar, tal como había quedado demostrado esa noche de febrero. Muchas lecciones habrían de sacar los demócratas de este indeseable episodio; y en la sesión extraordinaria del Congreso celebrada al día siguiente para dar apoyo al estado de derecho, quedó de manifiesto que la clase política era consciente de que había algo mucho más grave que un simple levantamiento militar de cuatro alocadas cabezas ávidas de tiranía y poder. No andaba muy descaminado Marcel Granier cuando escribió en el texto citado más arriba que «la ciudadanía está propensa a oír el canto de cualquier sirena desconocida que le ofrezca el bienestar y la igualdad de oportunidades que no ha podido encontrar en la democracia».

La mayoría de los senadores y diputados, en abrumador bloque, condenó el intento de golpe y defendió la legitimidad del presidente; la lección que aprendió la democracia esa noche —y que olvidó demasiado pronto— se resumió con nítida certeza en

la perturbadora y no poco desleal frase del entonces expresidente y senador vitalicio Rafael Caldera:

—Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y por la democracia cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer.

Intervención con la cual se ganó de manera instantánea la aprobación de la mayoría de la población, y no sería descabellado argumentar que su discurso fue el pistoletazo de salida para la campaña que dos años después lo llevaría a ocupar por segunda vez el sillón presidencial, apoyado por el chiripero, de chiripa, una manera populista que utilizó Caldera para referirse al pueblo llano, probablemente aludiendo a los versos de *La patria buena*, una conocidísima pieza del cantautor Alí Primera (1941-1985): «Hacen falta muchos golpes / para matar / al chiripero/ y con uno solamente / se mata la cucaracha...». En la práctica, esta sería la última legislatura de lo que en la historia contemporánea se conoce como la Cuarta República venezolana.

La astutísima jugada «televisiva» de Carlos Andrés Pérez dejó otra impagable enseñanza, que sería seguida al pie de la letra por el aventajado discípulo que la observaba. Esa noche, quizá viendo en directo cómo Pérez desbarataba su (mal) calculada acción militar, Hugo Chávez comprendió el inmenso valor de los medios de comunicación. Tal vez esa noche nació el *showman* político que durante poco más de tres lustros entretuvo, emocionó, enamoró, arrulló, cantó, escandalizó, defecó, indignó, avergonzó, escarneció,

abochornó, afeó, miccionó, aduló, insultó, despidió y —cómo no— gobernó en directo frente a una cámara que grabó miles de horas de su imagen y su voz hasta el punto de que quizá muchos de sus seguidores padecerán síndrome de abstinencia, los efectos del vacío que su muerte ha creado.

Esa noche quizá Hugo Chávez entendió el inconmensurable valor de la tele. Así que, con un olfato político que pocos han poseído, se preparó para ofrecerse en sacrificio, rendir la causa y arriesgarse a quedar como el cobarde que, a diferencia de sus compañeros, había sido incapaz de cumplir con las tareas militares que se le habían asignado. Pero nada de eso iba a ocurrir, pues el teniente coronel supo jugar sus cartas cuando le abrieron la ventana del mago de la cara de vidrio: sí, en efecto, reconoció que no había sido el comandante exitoso que esperaban sus camaradas, pero lanzó un órdago imposible de superar ni por sus compañeros ni por los políticos a los cuales enfrentaba, pues hizo algo que casi nadie había hecho en Venezuela en su larga historia republicana: asumió la responsabilidad. He aquí la transcripción *verbatim* de su intervención:

Primero que nada quiero dar buenos días a todo el pueblo de Venezuela, y este mensaje bolivariano va dirigido a los valientes soldados que se encuentran en el Regimiento de Paracaidistas de Aragua y en la Brigada Blindada de Valencia. Compañeros: lamentablemente, por ahora, los objetivos que nos planteamos no fueron logrados en la ciudad capital. Es decir, nosotros, acá

en Caracas, no logramos controlar el poder. Ustedes lo hicieron muy bien por allá, pero ya es tiempo de evitar más derramamiento de sangre, ya es tiempo de reflexionar y vendrán nuevas situaciones y el país tiene que enrumbarse definitivamente hacia un destino mejor. Así que oigan mi palabra. Oigan al comandante Chávez, quien les lanza este mensaje para que, por favor, reflexionen y depongan las armas porque ya, en verdad, los objetivos que nos hemos trazado a nivel nacional es imposible que los logremos. Compañeros: oigan este mensaje solidario. Les agradezco su lealtad, les agradezco su valentía, su desprendimiento, y yo, ante el país y ante ustedes, asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano. Muchas gracias.

En menos de minuto y medio, dos expresiones fundamentales transformaron a Hugo Chávez del temible y desconocido militar que se había atrevido a perturbar la paz democrática, en héroe audaz y conspicuo que no se avergonzaba de sus acciones y daba un paso al frente, pero con ladina paciencia: «por ahora» y «asumo la responsabilidad de este movimiento militar bolivariano» conformaron el binomio perfecto, catalizador infalible de las frustraciones y deseos de la mayoría. El canto sublime de una sirena. Será materia para los historiadores explicar las razones que permitieron que el gobierno triunfante del presidente Pérez se dejara colar semejante caballo de Troya con el que Chávez sembró en las conciencias de sus compatriotas esa breve, astuta también, intervención, que más parece meditado gesto —hijo del que Car-

los Andrés Pérez había realizado horas antes— que producto de la valentía y la improvisación. Por ahora, quedémonos con la evidencia: la importancia de la forma a la hora de gobernar, de ser el líder.

El storytelling del perfecto caudillo latinoamericano.

Los años que van de 1992 a 1998 en Venezuela han sido asaz analizados. Luego de permanecer un tiempo en prisión, Hugo Chávez salió lleno de proyectos de la cárcel en la que había recibido numerosas visitas de simpatizantes y donde comenzó a gestarse su plan para apropiarse del poder. En 1993, en una campaña sin obstáculos, Rafael Caldera se convirtió de nuevo en presidente del país con una enorme tasa de abstención, 39,84%, más del doble que en la elección anterior (18,08%) y, de hecho, la más alta en toda la historia de la Cuarta República. Esto revela hasta qué punto la sociedad había perdido la fe en su propio sistema político. En las elecciones del año 2000, la tasa de abstención se disparó hasta el 43,69%, pero a la apatía generalizada tal vez habría que sumarle la certeza de que los cambios anunciados por Chávez venían en camino y ya no sería necesario el abrumador apoyo de las urnas para que llevara a cabo su proyecto. Si se estudian al detalle las estadísticas de las elecciones presidenciales desde 1958 hasta el año 2000, emerge un dato que ayudará a entender el fenómeno electoral que fue Chávez antes de que el chavismo copara todas las instituciones: nunca alcanzó el número de

votos, esto es, el apoyo mayoritario, que logró Carlos Andrés Pérez en las elecciones de 1988: mientras el presidente andino ganó con 3 868 843 votos (el 52,89% de los votos escrutados, sobre un censo electoral de 9 185 647 votantes, con una abstención del 18,08%), Chávez ganó en 2000 con 3 757 773 votos (el 59,76% de los votos), pero con una abstención del 43,69% en un censo de 11 720 060 electores. Comparando estas cifras, se podría especular con que el mejor Hugo Chávez habría sido derrotado por el mejor Carlos Andrés Pérez.

Que Carlos Andrés Pérez y Hugo Chávez, en líneas generales y dejando la prudente distancia de las circunstancias históricas, tuvieron el mismo seductor efecto en los votantes, es algo que se puede afirmar sin temer alejarse demasiado de los hechos; pero, sin duda, sí es cierto que sus periodos de gobierno tuvieron consecuencias populistas similares. Todo, desde luego, bajo el manto generoso de la renta petrolera, verdadero motor del poder venezolano desde 1908. Pero hay que subrayar este aspecto, siempre: la gran diferencia entre Carlos Andrés Pérez y Hugo Chávez es que aquel era de espíritu demócrata; este, no. Dos populistas, sí; dos caudillos; pero con una diferencia que no es baladí.

Desde los inicios de la vida republicana en Venezuela, el caudillismo ha sido una de las formas que con más insistencia ha intervenido en su devenir histórico. Mario Vargas Llosa, en «La muerte del caudillo» (*El País*, 10 de marzo de 2013), fue categórico a la hora de definir la morfología del fenómeno que

representó Chávez: «Revela ese miedo a la libertad que es una herencia del mundo primitivo, anterior a la democracia y al individuo, cuando el hombre era masa todavía y prefería que un semidiós, al que cedía su capacidad de iniciativa y su libre albedrío, tomara todas las decisiones importantes sobre su vida». Dejando de lado la (omni)presencia de Simón Bolívar durante el primer tercio del siglo XIX, y su posterior divinización como padre de la patria, origen y meta de la identidad nacional, en Venezuela podríamos hacer un recorrido de caudillos/presidentes todopoderosos en sus correspondientes épocas: José Antonio Páez, José Gregorio Monagas y Antonio Guzmán Blanco, en el siglo XIX; Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Marcos Pérez Jiménez, Rómulo Betancourt, Carlos Andrés Pérez y Hugo Chávez, en el XX. A todos los unen, además de haber ejercido el poder en Venezuela con la plenitud que quisieron, la necesidad, más o menos oculta en ocasiones, de emparentarse con el caudillo fundacional de la estirpe, esto es, Bolívar.

La (cansina) fábula original.

En 1983 se celebró el bicentenario del nacimiento en Caracas del Libertador. Digamos su nombre completo una sola vez: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de la Concepción Bolívar Ponte y Palacios Blanco (1783-1830), padre de la patria, piedra angular de la independencia de cuatro países y fundador de uno; causa y destino de toda identidad nacional.

Agreguemos las fechas exactas de su nacimiento y muerte, porque para cualquiera que desee adentrarse en la comprensión del espíritu de Venezuela, conocerlas es de obligado cumplimiento: 24 de julio y 17 de diciembre. Son fechas sagradas o, por lo menos, que se guardan con respeto, gobierne quien gobierne; como el 4 de julio para los estadounidenses, el 14 de julio para los franceses y el 2 de mayo para los madrileños.

De alguna manera, más evidente que oculta, a los venezolanos nos han ido inculcando, por lo menos desde 1883, que Bolívar es el vértice generador del país, y que sin su omnímoda presencia nada en la patria tendría sentido. En (una gruesa) parte de nuestro imaginario, Bolívar es el Alfa y la Omega, finalidad y causa, el porqué y el para qué. La escritora Ana Teresa Torres, en *La herencia de la tribu* (2009), lanza esta pregunta: «¿Es posible pensar a Venezuela fuera de Bolívar?, o lo que es lo mismo, ¿qué destino hubiera tenido Venezuela si pudiera pensarse fuera de Bolívar? La interrogante no es ociosa. El pensamiento bolivariano como filosofía política, como origen y destino de la Patria, es una suerte sellada. Un horizonte melancólico que nos obliga a dar testimonio del mártir de la Independencia como al creyente de su fe». Esto explica la manía onomástica con Bolívar en Venezuela... Eso, o los encargados de ponerles nombres a las cosas en la república han carecido del más elemental ánimo imaginativo: descontando su propio país epónimo, Bolivia, hay que agregar a la lista al aeropuerto más importante de Venezuela, que se llama

Simón Bolívar; la montaña más alta del país, el pico Bolívar; el nombre de la moneda, el bolívar, luego renombrada, con torpeza o mala intención, bolívar fuerte justo cuando la desdichada moneda es más débil que nunca; una de las orquestas más importantes, la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar; el mayor yacimiento de hierro del mundo, cerro Bolívar (en el estado Bolívar, cómo no); las principales avenidas de las ciudades, Bolívar; la universidad científica más prestigiosa, Universidad Simón Bolívar (y años después, el primer satélite de propiedad venezolana llevaría, ¡claro!, el nombre del héroe epónimo); varias *biopics* y hay hasta un filme que marcó tendencia artística por su atrevimiento estético, *Bolívar, sinfonía tropical* (1979).

De hecho, en estas declaraciones del director, Diego Rísquez, se describe con bastante claridad la intención al dar vueltas y más vueltas alrededor del nombre —y del hombre— al que no pocos le atribuyen casi en exclusiva la independencia del país: «Traté de acercarme al inconsciente colectivo del pueblo al dejarme inspirar mayormente por la iconografía de la guerra de Independencia. Esta simbología puede parecer confusa a un extranjero pero pertenece a las raíces de cada venezolano. El ojo de la cámara ha sustituido al pincel del pintor». Además, Bolívar es, como no podía ser de otra manera, uno de los santos más prestigiosos de la corte de la diosa telúrica por excelencia: María Lionza, esa que merodea sobre una *danta* (o *tapir*) «en la montaña del Sorte, por Yaracuy», a la que el cantautor panameño Rubén Blades dedicó una estremecedora, pero muyailable, canción.

Y, por supuesto, no podemos olvidar que la plaza más céntrica e importante de cada ciudad, pueblo, aldea o caserío de Venezuela debe llamarse, por ley, plaza Bolívar. Cada escuela posee su sociedad bolivariana; yo mismo creé y presidí la de mi colegio en 1983; e incluso fundé un periódico estudiantil de breve, burlona y fracasada vida: *El Chimborazo*, sin percatarme de que el nombre del volcán andino que inspiró el delirio poético de Bolívar estaba sospechosamente cerca de un venezolanismo que sirve para designar aquello que no sirve o es de poco valor: c h i m b o . Era cuestión de tiempo, y de sofisticación del mal gusto onomástico, que el país terminara acogiendo de forma oficial un exceso de ese nombre en forma de adjetivo: República *Bolivariana* de Venezuela. La fealdad elevada a identidad.

Para el momento en que el país asumió legalmente el nombre ubicuo del héroe, el concepto de bolivarianismo ya era una «jerga de gerundios» (tomo prestada la expresión de Rómulo Gallegos). Ser bolivariano, hoy en día, puede significar muchos o ningún aspecto de Bolívar; no ser bolivariano, en cambio, parece estar muy claro para cualquiera: en 1988, el escritor Denzil Romero se ganó la animadversión de los ecuatorianos, y de no pocos bolivarianos de otras latitudes, al publicar *La esposa del doctor Thorne*, una novela erótica en la que la protagonista es la quiteña Manuela Sáenz, la «libertadora del libertador», heroína de la independencia, amante queridísima del héroe, y la «adorable loca» que le salvó la vida en Bogotá: nadie se mete con los parientes de los dioses y sale indemne. Si no

me equivoco, Romero fue declarado *persona non grata* en Ecuador y la Sociedad Bolivariana de ese país condenó su testosterónica pluma.

A Bolívar se le puede colocar al lado casi de cualquier personaje histórico (o no) y encontrar una justificación: Alejandro Magno, el Cid, Marx, Gandhi, Lincoln, Kennedy, Pasteur, Garibaldi, Bonaparte, Cortés, Luther King y hasta Sai Baba y la madre Teresa de Calcuta. Al propio Libertador se le atribuye la que tal vez fue una de sus últimas frases, en la que estableció una acertada y cruel comparación: «Los tres más grandes majaderos de la historia: Jesucristo, don Quijote y yo». Asombra lo bien que casan el fracaso y la egolatría. Bolívar ha sido convertido, a fuerza de adoración, poco estudio y tergiversaciones interesadas, en un ejercicio incansable de mitificación a la vez que de mixtificación, en parte sustancial del ADN de lo venezolano. Si Venezuela fuera un niño de cinco años, Bolívar sería la plastilina con la que deformaría, inconsciente, su personalidad.

Bolívar distorsionado en 140 caracteres.

Para comprobar lo poco que mis conciudadanos visitan la obra de Bolívar, donde en última instancia anida su pensamiento —el que deberíamos conocer a fondo ya que es el responsable de gran parte de lo que somos—, hace poco preparé, sin mala intención pero con inquina, un experimento sui géneris, un juego de la curiosidad haciendo uso de las redes sociales

en las que ahora estamos inmersos, querámoslo o no. Semanas más tarde lo publiqué en el *Papel Literario*, del diario *El Nacional* de Caracas; una travesura del que trata de indagar en la epistemología de su propia identidad.

Una tarde, pensando sobre el destino de Francisco de Miranda (1750-1816) y Bolívar en nuestra historia —quizá nunca sabremos positivamente si fueron amigos de verdad—, encontré una frase del último en una carta dirigida al general Santander que me gustó mucho por su asombrosa actualidad y por la altísima consciencia del lenguaje que supone: «Yo multiplico las ideas en muy pocas palabras, aunque sin orden ni concierto». Y cuando quise compartirla en Facebook y Twitter, me asaltó una pregunta capciosa:

—¿Y si se la atribuyo a otro personaje?

Estaba seguro de que si ponía la referencia verdadera (*Carta de Simón Bolívar para el general Francisco de Paula Santander, fechada en Arequipa el 20 de mayo de 1825*), la cita iba a ser mirada como mínimo con desdén y, probablemente, con odio o hastío, que es lo que produce en algunos de mis compatriotas la figura omnisciente del famoso caraqueño.

Me llama la atención que se le odie sin saber quién era y qué pensaba de verdad, y deploro que sean las sucesivas imágenes distorsionadas de Bolívar, desde Páez y Guzmán Blanco, hasta Juan Vicente Gómez y Hugo Chávez, pasando —todo hay que decirlo— por la feroz idolatría de Rufino Blanco-Fombona y la ceguera interesada de Karl Marx, las que hagan creer a la gente que «sabe» quién es Bolívar y, por extensión,

qué es el bolivarianismo, desdichada palabra usada por todos para justificar sus ambiciones.

Tras esta fugaz reflexión se me ocurrió atribuirle la frase a algún famoso más *cool* para atraerme las simpatías juveniles: David Foster Wallace. Puse en marcha la «trampa» y esperé tranquilamente a que algún usuario de las redes me desmintiera airadamente, pero pasaron las horas y los días y mi cita «atribuida» a Foster Wallace solo recibía *megustas* y algún comentario halagador («ese parece ser el consenso general sobre David Foster Wallace»). Nadie se daba cuenta. Hay que advertir que Bolívar es autor de centenares de cartas, un maremágnum de escritos y proclamas que tendrían leyendo durante años al más devoto y bolivariano de los estudiosos.

Decidí continuar con el juego durante la semana siguiente. Cada noche escogía una frase del Libertador y se la asignaba a alguien famoso o *cool* o admirado: Cicerón, Lord Byron, Kant. Y nadie, ni una sola vez, pareció sospechar nada ni me delató; solo *megustas* aprobatorios y retuiteos de entusiastas. Al parecer, además, ningún especialista en Bolívar miró mi cuenta de Twitter ni mi perfil de Facebook, lo que me entristeció un poco. (Bueno, en realidad, no).

Estoy seguro, eso sí, de una cosa: si desde el principio hubiera avisado que se trataba del pensamiento de Simón Bolívar en toda su plenitud, habría recibido menos —o ningún— *megustas* y más bostezos; y quizá me hubiera enzarzado en alguna discusión bizantina a cuenta de que el Libertador es la figura tutelar del chavismo, grupo que tampoco

parece haber leído mucho a Bolívar, salvo lo más conocido y militarista: la carta de Jamaica, y sentencias famosas del tipo «moral y luces son nuestras primeras necesidades», «Dios concede la victoria a la constancia», etc.

Esta travesura me ha puesto a pensar: ¿hasta qué punto el discurso oficial y oficiante ha deformado a propósito a Bolívar, a Miranda, a los demás protagonistas la historia? ¿Con qué oscuros fines se ocultan las verdaderas caras de un personaje que también fue un ser humano con sus defectos y sus virtudes, sus aciertos y sus numerosos errores? ¿Cómo recuperar una historiografía que nos permita quitarles santidad a estos héroes y dejarlos pelados y sabios, inteligentes y humanos? ¿Cómo descolonizar nuestro pensamiento para que aceptemos sin complejos que también nosotros somos capaces de reflexionar? No será, desde luego, despreciando[los/nos] desde la soberbia que da la ignorancia, ni arrodillados ante tumbas y panteones que son macabros altares. Solo leyendo sabremos quiénes somos.

[Agrego: el héroe al que nos enfrentamos es una entidad ubicua, resbaladiza como una g u a b i n a , que anda a salto de mata preparado para el combate: «El héroe debe [...] hacer siempre propuestas insensatas, adelantar planes que por su propia naturaleza sean irrealizables, promover en los oyentes la necesidad de una novedad en la que no habían nunca pensado, mantener viva la esperanza de que en el futuro aguarda lo improbable» (Ana Teresa Torres, *La herencia de la tribu*)].

Algunas de las otras frases *cool* de Bolívar que atribuí a otros fueron estas, con relativo éxito entre los navegantes virtuales:

«Todos necesitan de algún premio y a muchos se les ha dejado de dar; porque no hay uno que no quiera alguno y por cierto con razón» (Cicerón, a su hermano Quinto).

«Aprende a amar y no te vayas ni aun ni con Dios mismo» (Lord Byron).

«Los idiomas muertos deben estudiarse después de poseer los vivos» (Immanuel Kant).

Curiosamente, algunos días después, un enfurecido lector del artículo en el *Papel Literario*, al leer mi confesión, me afeó la actitud y la descarada mentira, acusándome de tergiversar la historia a propósito, reclamo en el que no iba descaminado. Espero que se haya dado cuenta también de que si yo, simple usuario de las redes sociales, era capaz de engañar sin pestañear y sin ser descubierto en torno a una figura tan conocida como Bolívar, cuántos más engaños no estarán escondidos en los libros de historia, en los discursos políticos, en las campañas patrióticas de todas las épocas...

En todo caso, Bolívar es, a todas luces y por muchas razones, la «fábula original» del país, mas no la del origen; él es el «animal fantástico», de cuento, que amerita, él solo, bibliotecas enteras que sobrepasarían el propósito de este ensayo. Su vida exagerada y su figura desproporcionada por la idolatría y el fanatismo

cumplen uno de los más antiguos requisitos que los estudiosos de la literatura suelen exigirles a las fábulas tradicionales: un «relato con moraleja protagonizado por animales». La fábula está constituida por las secuencias presentadas en orden cronológico; la trama es la manera como esas secuencias son presentadas. Y allí es donde puede caber la «trampa», el engaño interesado del que organiza el corazón de la fábula. Bolívar mismo y su final solitario y enfermo son la moraleja y el relato, el animal de una historia que ha marcado la idiosincrasia de un país como pocos lo han hecho en cualquier otro lugar.

Hablar de la fábula que es Venezuela implica necesariamente hablar de una trama que se ha urdido de uno y otro lado, atendiendo a los intereses del narrador. Es lo que ha ocurrido siempre con la historia: que la cuentan los vencedores. Pero en el caso de Venezuela esa historia ha sido relatada por varios y sucesivos vencedores, el último de los cuales, Hugo Chávez, la ha «acomodado» a sus intereses con especial malevolencia.

No se puede, lo habrá intuido el lector, comenzar a contar la historia de y a hablar sobre Venezuela sin antes hacer una (cansina) parada en el personaje principal.

Rebeldes con causa.

No le tocaba a Bolívar el título de Libertador. Había nacido «demasiado tarde» para tal empresa, o eso fue

lo que pareció. Las posesiones americanas del reino de España a la larga se revolverían contra la autoridad de la corona española: la hazaña era de tal magnitud, el territorio conquistado era tan rico, pero de tan difícil dominación, que no me resulta extraño que individuos de todos los estamentos se levantaran contra los reyes que, cómodamente instalados en su corte de la Península, enviaban órdenes y gozaban de las riquezas recién encontradas. Sin contar, por supuesto, con la encarnizada y natural resistencia de los habitantes que ya estaban allí, contra quienes no se tardó en hallar razones, más allá de la fuerza, para justificar la apropiación de territorios por parte de los recién llegados. Muy temprano Francisco de Vitoria supo diseñar convenientes disquisiciones jurídicas para las ambiciones de la corona de Castilla; un derecho que, disparates aparte, justificaba con el sello de la voluntad divina la propiedad regia de las tierras «descubiertas» por los europeos: así nació el derecho internacional, producto de un expolio en toda regla bendecido por esa entelequia que algunos llaman Dios.

Y aunque Bartolomé de las Casas en algún momento también estimó que lo mejor que podían hacer los españoles era abandonar América dejando que los indios se valieran por ellos mismos, la maquinaria de la historia ya había sido puesta en marcha, y me parece que cuando eso sucede hay pocas posibilidades de detenerla. Dice Luis Suárez, en *Cristianismo y europeidad* (2004), que Juan Ginés de Sepúlveda consideraba que «los pueblos más cultos y desarrollados tienen la obligación de transmitir los bienes que ya poseen».

Y ningún otro bien tan importante como la religión cristiana, faltaría más...

Aún queda por determinar, ironías aparte, a qué nos referimos cuando blandimos conceptos como «cultura» y «desarrollo», pues por más que se haya profundizado en su análisis y comprensión, siempre queda, en el fondo de la consciencia, una duda, una pregunta que nos acucia: ¿soy yo más desarrollado que, más culto que? ¿Cómo puedo estar tan seguro de ello? Detrás de esas preguntas reposa la balanza que tiene la tarea de equilibrar etnocentrismo y diversidad, sin caer en el ingenuo buensalvajismo que toma por puro todo aquello que no entiende y que cree más cercano a la naturaleza solo porque no está contaminado por su concepción de progreso. En este tira y afloja en el que se fue conformando el continente americano, las oleadas de aventureros que lo arriesgaron todo para llegar hasta el confín del mundo en busca de un Dorado que solo estaba en su imaginación tardaron al menos dos siglos en delimitar el territorio de un imperio español en el que jamás se ponía el sol, sí; pero tampoco los rebeldes.

Uno de los personajes que de manera conspicua representa el carácter levantisco de los súbditos americanos, o de los que emprendieron la tarea hispanizadora en el continente, es Lope de Aguirre (¿1511?-1561), «hijo de fieles vasallos tuyos en tierra vascongada, yo, rebelde hasta la muerte por tu ingratitude», porque su epopeya es trágica y hermosa a la vez. Aguirre, conquistador de tierras nuevas para la corona española, harto de las injusticias, y avisado de que se

había decidido prescindir de sus servicios ejecutándolo, escribe una carta al rey Felipe II donde le recrimina airadamente que no ha sufrido las penalidades que él sí ha tenido que soportar: «Mira, mira, Rey español, que no seas cruel a tus vasallos, ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de Castilla, sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos, a costa de su sangre y hacienda, tantos reinos y señoríos como estas partes tienen. Y mira, Rey y Señor, que no puedes llevar con título de Rey justo ningún interés destas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ello han trabajado sean gratificados». A saber si al inquilino de El Escorial le importaron estas razones.

La carta es un último, heroico y caballeresco intento de Aguirre por dejar claros sus principios, ya seguro de que su suerte estaba sellada: perseguido con saña y finalmente apresado en diciembre de 1561 en la población venezolana de El Tocuyo, se relata que este soldado, viejo y herido, prefirió matar a su hija antes de que cayera en manos enemigas dispuestas a disfrutar de su botín. En el imaginario audiovisual ocupa un lugar capital *Aguirre, la cólera de Dios* (1972), de Werner Herzog, con un titánico y (siempre) atemorizante Klaus Kinski interpretando al orgulloso pero bizarro conquistador vasco. Quién sabe cuáles fueron las motivaciones del telúrico actor para encarnar de esa manera al conquistador, pero no hay que hacer mucho esfuerzo para imaginar que la furia y el empeño del hombre en el que se inspira no estarían muy lejos del personaje de celuloide. Coincidencias que espantan.

Aguirre no fue el único alzado. A lo largo de la historia de lo que se conoce como conquista y colonización americana se pueden enumerar no pocos episodios de rebelión; en Venezuela, además de Aguirre, podemos destacar, entre otros, a Juan Andrés López del Rosario, «Andresote» (1730-1732), Juan Francisco de León (1748), José Leonardo Chirino (1795), Manuel Gual y José María España (1797-1799) y, cómo no, Francisco de Miranda (1806). Fue a este último a quien debía de haberle correspondido el título de Libertador, pero por razones que solo la historia —o el hado— sabe dilucidar, apenas se le conoce con el calificativo, no menos honroso, de Precursor.

Historia del excluido.

Año 1806. Por los meses de febrero y marzo se han puesto en armas todas las tropas por todas las bocas y puertos de las costas de Caracas, por las invasiones y amenazas del enemigo inglés. Se han hecho rogaciones públicas en la ciudad, hasta con sermones. Un tal don Francisco Miranda, patricio de Caracas, anda fomentando la sublevación. Y tiene inquieta la provincia, anda por el mar y se hacen diligencias por apresarlo.

Esta es quizá una de las primeras referencias «literarias» que hay de Francisco de Miranda; fue consignada por el fraile Juan Antonio Navarrete, que vivió casi toda su vida en Caracas y acumuló libros y palabras en igual cantidad que el viajero venezolano; en cierto

sentido «literario», Miranda y Navarrete son iguales, solo que uno no se queda quieto y el otro es inmóvil. Esta primera entrada podría llamar a engaño: si bien el religioso habla con temor y rechazo en esta nota de 1806, cuando el héroe regrese en 1811, iniciada la independencia, Navarrete ya se habrá sumado a la causa republicana. Su rastro se pierde en 1813, tras la caída de la primera república. Desaparecen él, su biblioteca y sus manuscritos; solo se salvó milagrosamente el *Arca de letras y Teatro universal*, la isidoriana enciclopedia donde Navarrete intentó meter el universo.

También a Miranda las bibliotecas lo impresionaban. Se zambullía en ellas durante horas aunque al día siguiente padeciera, encerrado en su habitación, de fuertes dolores de cabeza y se le irritaran los ojos. Cargó por todos lados con su archivo, conocido como la *Colombeia*; y cientos de papeles; y sus libros; y su flauta; y sus partituras: nunca sabía cuándo las necesitaría. Su equipaje fue incrementándose durante las cuatro décadas en las que deambuló por el mundo; en este recorrido visitó lugares como Atenas, Troya y Moscú; Estambul, Venecia y San Petersburgo. El «venezolano más universal», como se le conoce, no dejó lugar sin comentar, idea sin redondear, personaje famoso sin conocer, amante sin probar. En su profuso diario da testimonio de ello.

Francisco de Miranda es el único latinoamericano cuyo nombre figura en el Arco de Triunfo de París. Masón de alto grado, Miranda acabó sus días en la infecta cárcel de La Carraca encerrado, pero no derrotado; acallado, pero no silenciado; viejo, pero no

envejecido. Entregado al rey de España por sus propios compañeros de lucha, aún ese episodio cainita de nuestra historia no está del todo claro: ¿fue traicionado con vileza por el joven Bolívar y los demás m a n t u a n o s , miembros de la clase dominante caraqueña, o solo se trató, como él mismo vaticinara, de otro b o c h i n c h e más en ese barullo incierto que fueron las guerras de independencia? Una imagen sí tenemos que dar por verdadera: ni preso en La Guaira, ni en Puerto Rico, ni en Cádiz, ni en ningún lugar, Miranda abandonaría el que quizá fuera su único vicio confesable: el de la lectura. Fue un hombre que merece ser celebrado no como un militar de guerras incansables, sino como el civil inteligente, diplomático agudo y lector voraz que fue. Francisco de Miranda: un ilustrado que se codeó con personajes célebres como Washington, la zarina Catalina (¿en verdad el feroz celo del príncipe Grigory Alexándrovich Potemkin evitó que fueran amantes?), Haydn, Napoleón y Bolívar; porque él también lo fue, y de primer orden.

Todo lo que se diga aquí de Miranda será insuficiente. Baste señalar un detalle: la idea panamericana que Simón Bolívar intentara, y que se conoce como la Gran Colombia, hunde sus raíces en el pensamiento ígneo y vibrátil de Miranda, que soñó con un incanato para la América española. Tomando como ejemplos la recién nacida república estadounidense y el parlamentarismo inglés, Miranda diseñó el gobierno del nuevo territorio regido por un inca, una república sincrética que intentaría mezclar lo mejor del viejo mundo con lo mejor del nuevo. No vio su sueño cumplido: ¿y si

en vez de haber llegado Bolívar demasiado tarde a la gesta revolucionaria, fue Miranda el que llegó demasiado temprano? Pregunta retórica, porque ya sabemos el resultado: ambos fracasaron en la empresa de crear una América unida; Miranda, porque no le dio tiempo, no lo entendieron sus contemporáneos, o no supo hacerse entender; Bolívar, porque las ambiciones y torpezas de cada uno de los protagonistas, mezcladas en un territorio que apenas se liberaba de la dominación de la corona española comenzando una incipiente vida republicana, frustraron las esperanzas y truncaron los proyectos. Después de casi doscientos años, de la Gran Colombia apenas quedan el nombre y varios intentos, aún no exitosos, de unificar países que hablan el mismo idioma pero no suelen practicar el mismo lenguaje.

Londres fue para Miranda su residencia durante varios años y allí nacieron sus dos hijos, Leandro, que a mediados del siglo XIX será director del primer banco instalado en Venezuela, el Banco Colonial Británico; y Francisco, soldado, fusilado en 1831. Su casa fue refugio de revolucionarios y su biblioteca, tesoro para los estudiosos, como Andrés Bello; su esposa, Sarah Andrews, la mejor anfitriona para las veladas de discusión y solaz.

Miranda no vivió para ver la independencia de Venezuela. Sin embargo, los años que dedicó a viajar y aprender, a amar y pelear, y —sobre todo— a escribir, fueron el caldo de cultivo para que esa gesta tuviera lugar no solo en su país natal, sino en todo el continente. Es cierto que América ya estaba madura

para la rebelión contra la corona española; es cierto que fue Simón Bolívar quien logró llevar a cabo la empresa fundando, incluso, una república a la que colocó su propio nombre; es cierto, además, que la invasión que Miranda hizo en 1806 entrando por Coro y Ocumare fue demasiado prematura y que su «idea» de Venezuela tan solo era un espejismo en su cabeza, un fantasma producto de treinta y cinco años alejado de su patria; todo eso es cierto. Pero no menos cierto es que Miranda, portador de las ideas humanísticas de la Ilustración, fue al mismo tiempo esperanza y amenaza para sus contemporáneos, sobre todo para la clase dominante de Venezuela. De Miranda, dice el historiador Elías Pino Iturrieta en «Ese admirable musíú nuestro» (2003): «Es, en suma, la pieza que no calza en el diseño de los mantuanos». Esta «pieza que no calza» era justamente la que faltaba para que los mantuanos se atrevieran a pensar en un mundo nuevo, en la posibilidad de llevar ellos mismos las riendas de sus destinos, de sus haciendas y de sus países sin la intervención de un rey desde siempre demasiado lejano para entender las necesidades de los súbditos allende los mares.

Los gemelos imposibles.

Entre Francisco de Miranda y Simón Bolívar hay una gruesa línea que los separa y que posee varias características: Miranda es hijo de canarios, inmigrantes, con dinero pero sin nobleza, «blancos de orilla»,

como se les conocía porque vivían en los bordes de la ciudad de Caracas; Bolívar era el heredero único de una fabulosa fortuna —parte de la cual dilapidó en la empresa de la independencia—, con derecho a exigir un marquesado, hijo mimado y predilecto de la clase mantuana, aquella cuyas mujeres eran las únicas con derecho a entrar en la catedral con la mantilla cubriendo la cabeza, pues, como ellas mismas lo creían, eran primas de María. La historiadora Inés Quintero dice en «Los nobles de Caracas» (2006) que los mantuanos, descendientes de los conquistadores, formaron «el estamento nobiliario indiano y como tales se erigieron en soporte político de la monarquía y fueron los más férreos defensores del estatuto jerárquico y desigual de la sociedad».

Miranda fue prácticamente un autodidacta, un lector voraz que se vio obligado a mentir sobre su estatus académico —en el Colegio de Yale, su presidente, el doctor Ezra Stiles, apuntó en su diario que Miranda (por cierto, el primer estudiante extranjero en una universidad estadounidense) le dijo que había obtenido el título de Bachiller en Artes en Caracas, en 1767, y que luego había seguido estudios de Derecho en México—. Bolívar tuvo sus propios maestros; el más importante para él fue Simón Rodríguez, un sabio de la pedagogía cuyos métodos aún hoy sorprenderían: si Alejandro tuvo a Aristóteles, Bolívar tuvo a Rodríguez. De hecho, el mismo Bolívar, en la ya citada carta de 1825 dirigida al general Santander, confesaría que no dejó de ser educado «como un niño de distinción puede serlo en América bajo el poder

español»; Miranda viajó por Europa siempre buscando conocer nuevas costumbres, nuevos contactos que le sirvieran en su ascenso hacia quién sabe dónde; Bolívar, al menos hasta 1802, solo pensaba en divertirse y gozar de su fortuna allí donde estuviera: eso sí, también fue un lector voraz.

Pero la gran diferencia entre ambos es fundamental: Francisco de Miranda es un indudable personaje de la Ilustración; Simón Bolívar es un digno —y quizá muy grande— representante del Romanticismo. Habría que profundizar con más sosiego en torno a esta (quizá osada) afirmación, pero no puedo más que tender a darla por buena cada vez que regreso a los textos de la *Colombeia* mirandina y los comparo con las cartas, las proclamas y las reflexiones bolivarianas. Un viejo ilustrado y un joven romántico: quizá por eso no pudieron conseguir juntos la independencia del país que ambos amaron por igual. Tenían la misma dirección, pero no el mismo sentido.

Todos somos un poco populistas.

Así, pues, en el siglo XIX, con asonadas, s a m p a - b l e r a s y magnánimos gestos de opereta; en el XX, ejerciendo los malabarismos propios del populista, los políticos venezolanos han echado mano de Bolívar, el «padre fundador», la máxima figura a la que recurrir para justificar sus actos y quedar impunes. Quien ignore, por ejemplo, la pataleta nacionalista y patrioterica de Cipriano Castro en 1902 contra «la planta inso-

lente del extranjero» cuando las potencias europeas y Estados Unidos bloquearon las costas venezolanas para que el pequeño dictador pagara las deudas que había contraído el país en años anteriores; o no conozca los largos «gestos bolivarianistas» de Juan Vicente Gómez destinados a subrayar un nacionalismo telúrico pero también a emparentar su feroz imagen con la del Libertador —incluso nació y murió casualmente los mismos días que Bolívar, 24 de julio y 17 de diciembre—. O si alguien obvia el llamado Nuevo Ideal Nacional, de Pérez Jiménez, la «batalla» contra las compañías petroleras y la cruel y feroz lucha contra las guerrillas de Betancourt; las muy populistas campañas como el «vaso de leche» escolar y ACUDE, el esfuerzo de alfabetización de todos los ciudadanos en tiempos de Carlos Andrés Pérez; si no se consideran en su justa medida todos estos acontecimientos —y tantos otros— que se fueron sumando con los años a la historia política del país, a veces sin orden ni concierto, puede que incurra en el error de pensar que el «populismo bolivariano» que han ensayado los gobiernos de Hugo Chávez y Nicolás Maduro es una novedad en el país del petróleo. De ninguna manera.

La diferencia —y la constante— fundamental siempre ha sido esa: el petróleo.

Tras la muerte del general Juan Vicente Gómez (en 1935), después de veintisiete años de una dictadura férrea y rural, de hato ganadero, un joven Arturo Úslar Pietri escribió el editorial del diario *Ahora* del 14 de julio de 1936, texto que ha tenido especial fortuna en la reflexión venezolana en torno al oro negro y

en la cultura popular, pero al que, visto lo visto, se le ha hecho poco caso: «Sembrar el petróleo». En líneas generales, el escritor recomienda transformar en desarrollo el oleaginoso maná del subsuelo:

Es menester sacar la mayor renta de las minas para invertirla totalmente en ayudas, facilidades y estímulos a la agricultura, la cría y las industrias nacionales. Que en lugar de ser el petróleo una maldición que haya de convertirnos en un pueblo parásito e inútil, sea la afortunada coyuntura que permita con su súbita riqueza acelerar y fortificar la evolución productora del pueblo venezolano en condiciones excepcionales. [...] Si hubiéramos de proponer una divisa para nuestra política económica lanzaríamos la siguiente, que nos parece resumir dramáticamente esa necesidad de invertir la riqueza producida por el sistema destructivo de la mina, en crear riqueza agrícola, reproductiva y progresiva: sembrar el petróleo.

Pues la gran diferencia siempre ha sido esa: el petróleo.

Nunca antes, como ha ocurrido desde 1998, el país ha recibido tantos recursos producto de la renta petrolera, casi un billón de dólares que han servido para poner en práctica políticas entonces y en principio muy bien recibidas, las llamadas «misiones» en primer término, pero extremadamente populistas, si entendemos el vocablo como el intento del gobernante de apaciguar las necesidades de los ciudadanos ofreciendo soluciones inmediatas sin tomar en considera-

ción las consecuencias a largo plazo. De hecho, estas misiones en el fondo son un despilfarro porque han sido el intento de crear un Estado paralelo al Estado; las misiones educativas, sanitarias, sociales, alimentarias, etc., duplicaron ineficientemente lo que debía ser la labor de los ministerios. Un desastre, todo hay que decirlo, muy bien calculado, una mina inagotable para toda clase de delitos económicos, desfalcos, rapiña y corrupción en general. Pero el resultado más evidente, y más dañino, ha sido la conversión de los ciudadanos en individuos dependientes de los designios de papá-Estado, una de las más graves secuelas de que el gobierno esté en manos de caudillos. Porque la más alta obligación del Estado es crear las condiciones para que sus ciudadanos sean independientes.

Al comentario «usted estudió en la Universidad Central de Venezuela, es decir, el Estado hizo una inversión en su educación y hoy no la aprovecha», la reputada experta en seguridad alimentaria, la venezolana Susana Raffalli, responde lo siguiente a su entrevistador, el periodista Alexis Correia: «El Estado tiene la obligación de garantizarnos ese derecho. La mejor inversión que pudiera hacer el Estado en nosotros como futuros profesionales es garantizarnos la libertad de que cada uno estudie lo que se sienta llamado a estudiar y que por ahí crezca y haga sus aportes al país». Es la visión de quien espera realizarse por su cuenta con las herramientas que le da el Estado al que pertenece, pues este, a su vez, espera que a la larga contribuya a sostenerlo. Un ciudadano de esta naturaleza no es el que necesita el caudillo.

Porque el caudillo necesita dos cosas, más que ninguna otra: ser como «su» pueblo y que «su» pueblo lo adore; por lo tanto lo necesita ignorante y dependiente. Las consignas electorales son claras en este sentido; son identitarias, empáticas, amables y supuestamente igualadoras: «Jaime es como tú», rezaba la consigna del presidente Jaime Lusinchi en 1983; «Ese hombre sí camina, va de frente y da la cara» (en 1973) la de Carlos Andrés Pérez, que hacía referencia directa a la capacidad de asumir la responsabilidad, un gesto que después Chávez copiará; hemos visto que Rafael Caldera llamaba «mi chiripero» a sus simpatizantes en 1993; y durante la campaña de 2012, «Chávez, corazón de mi patria», «Chávez es el pueblo»; y, luego, después de su muerte, los chavistas mostraron con orgullo camisetas en las que se podía leer «Yo soy Chávez», el colmo de la identidad entre el caudillo y «su» pueblo. La muerte del presidente Chávez dio rienda suelta a un proceso de mitologización del que sus epígonos —Nicolás Maduro el primero— han sacado buenos réditos políticos, e incluso como presidente no deja de llamarse a sí mismo «hijo de Chávez», ni deja de ensayar chuscas imitaciones del líder fallecido llamándose a sí mismo el «primer presidente obrero».

En todos los casos, el caudillismo venezolano se ha maquillado siempre con petróleo.

A más dinero emanado de los balancines, más posibilidades tendrá el caudillo de turno de crear para sí una imagen fascinante que atonte las conciencias de los ciudadanos y los incline hasta el suelo, si es posible. Hugo Chávez, sin duda, ha sido el caudillo que

ha contado con más dinero para modelar su imagen a la perfección, pues los afeites de los millardos de dólares generados por el oro negro se lo permitieron hasta el día de su muerte —y más allá—. El país, en cierto modo, estaba «preparado» para recibir a semejante caudillo. Dice Elías Pino Iturrieta:

La mayoría de la sociedad, hace ya veinte años, celebró el ascenso de un aventurero sin luces porque se encandiló con su verbo, porque sintió que era un personaje pasajero, o por comodidad personal convertida después en falta colectiva. Preocupada por la manera habitualmente superficial que tenía la democracia representativa de arreglar sus entuertos, harta de los tratos del remiendo y del silencio, tal vez la gente pensara que valía la pena un ensayo de gobierno cuyo estilo fuese distinto sin que se llegara al reiterado fracaso de los cuartelazos, o porque la palabra revolución había sonado tanto sin consecuencias que ya no representaba un peligro, mucho menos un abismo. Fue así como los ciudadanos crecidos y formados en el medio siglo de convivencia que se estableció después de 1958, desencantados de sus logros y sin detenerse a sacar cuentas sobre su destino, se echaron en los brazos del comandante Chávez («La generación de 2017», *El Nacional*, Caracas, 11 de junio de 2017).

Las ansias de Chávez de ser amado lo llevaron a querer convertirse en un líder continental, y esta vez no fue la espada justiciera de Bolívar la que recorrió América Latina, sino su chequera: Argentina, Bolivia,

Nicaragua, Uruguay, Ecuador, las islas del Caribe que supieran hacer el saludo genuflexo, y hasta los pobres de Boston, Nueva York y Londres conocieron de la generosidad del caudillo nacido en Sabaneta, dispuesto a regalar la riqueza del país con tal de dejar su huella en el mundo.

El mayor beneficiario, sin ningún género de dudas, ha sido y sigue siendo el régimen neposocialista de la familia Castro en la isla de Cuba. No fueron pocas las ocasiones en las que Chávez, convaleciente, gobernó y despachó desde La Habana, en una sorprendente muestra de sumisión al régimen liderado por el que él consideraba su predecesor y padre político, Fidel Castro. Tengo para mí que Castro, desde al menos 1959, sintió un profundo odio por Venezuela, quizá envidia, y sin duda un profundo resentimiento hacia el país, y tal vez haya que echarle la culpa a Rómulo Betancourt. Este, recién estrenado como presidente, se reunió con el exitoso guerrillero cubano que había logrado echar del poder al tirano Fulgencio Batista, el patrón absoluto de la isla cuando era el lupanar turístico de los *gringos*. Necesitado de apoyos y recursos, Castro viajó a Caracas para pedir dinero prestado (y petróleo a crédito) pero, según se cuenta —y quizá sea anécdota falaz— Betancourt contestó con firmeza y campechanía a la petición:

—Le voy a decir que no le presto dinero, comandante Castro, por una razón: porque no hay campanas, como le dijo el sacristán al cura.

Betancourt alegó que Venezuela acababa de salir de la feroz dictadura de Marcos Pérez Jiménez y que

los pocos recursos que había en las arcas del Estado los necesitaba para llevar hacia delante a su propio país. Le he dado muchas vueltas a este episodio —muy trufado de ficción, sin duda, pero *è ben trovato*—: en líneas generales el resultado es el mismo, Betancourt no apoyó al régimen de Castro y, de hecho, fue un entusiasta opositor. Y en vista de la manera como Castro manipuló y esquilmo al gobierno de Chávez, con todo tipo de injerencias, no puedo dejar de pensar que esta revolución socialista del siglo XXI ha sido la venganza de Fidel Castro contra el país que lo despreció en 1959. Nunca se sabe cómo reaccionará el delicado ego de los tiranos...

El socialismo del siglo XXI, el que debería ser el mayor legado de Hugo Chávez, no obstante, sigue siendo un misterio ideológico difícil de comprender, sobre todo porque el propio creador nunca fue demasiado claro a la hora de precisar su ideario, más allá de la mezcla con que definía sus desvaríos conceptuales. Antes de ser elegido presidente, declaraba, según citan Cristina Marcano y Alberto Barrera Tyszka en *Hugo Chávez sin uniforme* (2006), «yo, Hugo Chávez, no soy marxista pero no soy antimarxista. Ni soy comunista pero no soy anticomunista». Ni lo uno ni lo otro sino todo lo contrario. El flamante presidente esquivaba con nebulosas contradicciones los intentos de sus adversarios políticos y analistas de etiquetarlo. Tampoco puedo dejar de hacer esta analogía con su maestro y mentor: Fidel Castro, cuando aún intentaba derrocar a Batista, grabó un video para la CIA en el que declaró, con sinceridad de novicia: «I am not

marxist!, I am not communist!». Sí. Y el lobo no se quiere comer a la Caperucita.

A medida que se vea más seguro en el poder, sobre todo después del trauma que para él significó el brevísimo golpe de Estado de 2002, Chávez aprenderá a «cambiar el paso» de acuerdo a su conveniencia, y esta denominación, socialismo del siglo XXI, será el cajón de sastre donde todas las tendencias, opiniones y corazonadas ideológicas tendrán cabida, aunque sean contradictorias al espíritu de la libertad que preconizaba. Así, pues, Bolívar, Marx, Jesús, Zamora (un caudillo del siglo XIX, supuestamente comprometido con «el pueblo») y fugaces ideas propias que entraban y salían a conveniencia fueron conformando una imagen que era más eso, una imagen, que un discurso coherente. Un día decía que ser rico era malo, y al siguiente que todos tenían derecho a disfrutar de sus bienes; luego criticaba a los que se duchaban durante más de tres minutos porque desperdiciaban el agua, y en otra ocasión fustigaba a los consumistas adoradores del imperio, a pesar de que ni él mismo, ni su familia, ni sus ministros y funcionarios han rechazado jamás usar un buen traje de marca, un costoso reloj suizo, un *jet* privado o conducir una camioneta importada de altísima gama, inalcanzable para aquellos que ganan simples sueldos de funcionarios públicos. Más que contradicciones, parecerían desfachateces realizadas *ad hoc* para confundir, humillar y provocar a sus numerosos adversarios.

El ingrediente final que Chávez utilizó sin descanso para configurar su imagen de caudillo brillante

entregado a su pueblo fue el que desde tiempos inmemoriales han utilizado los creadores para darle relieve a su héroe y que en la retórica narrativa es fundamental: un enemigo poderoso.

Chávez no tuvo que hacer demasiados esfuerzos para ganarse toda clase de enemigos —desde la Conferencia Episcopal Venezolana e Israel, hasta Mario Vargas Llosa y el rey Juan Carlos—; su verbo era incendiario y grosero; demagógico, inclemente y sin cuartel; pero su enemigo favorito era, cómo no, «el Imperio», esto es, los sucesivos gobiernos de Estados Unidos, a los que él y sus adláteres acusaron de sabotear el país, de los apagones, del desabastecimiento, de los intentos nunca comprobados de magnicidios, de espiarlos a través de la televisión por cable y de los bombillos, y hasta de inocularle el cáncer que finalmente lo llevó a la tumba.

El imperio era el malo de la película, pero también sus secuaces, los perversos e s c u á l i d o s , la burguesía, los oligarcas, los m a j u n c h e s , los venezolanos traidores y vendepatria que estaban al servicio del demonio del norte. No en balde, «la mayor historia jamás contada», la vida de Cristo, es un ejemplo más que adecuado para emularlo: él es el héroe por excelencia que viene a salvar al mundo de las tentaciones del demonio. El político popular deviene en caudillo y, finalmente, en mesías. Y, después de muerto, en mito y santo que servirá para el uso de sus apóstoles. ¿Cómo no compararlo con el Mesías cristiano? Jesús es el perfecto *storytelling* para cualquier aspirante a caudillo.